

LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES

JACK VANCE

TRILOGIA DE DURDANE 2



El Hombre sin rostro estaba prisionero en su propio palacio y su poder sobre el pueblo de Durdane se encontraba en otras manos, en las de Gastel Etwane, un joven cuya sed de venganza contra los odiados Roguskhoi sólo sería saciada por océanos de sangre de aquellas bestias.

Pero para destruir a los Roguskhoi, Gastel tendrá que reunir un mundo que había sobrevivido gracias a su desunión. Hacerlo era más que peligroso, pero Gastel no tenía elección. Devolvería a las gentes el control de sus vidas y les enviaría a luchar hasta la muerte.

Punto más álgido y lectura más trepidante del ciclo de Durdane.

PREFACIO

LA famosísima Trilogía de Durdane apareció en los años setenta, el período de madurez de Vance, y en ella se nos narra una acción que transcurre en un planeta habitado por descendientes de terrestres llegados nueve mil años antes. Los recuerdos de la Tierra se han desvanecido ya y se trata de una cultura y una sociedad nuevas.

Los valerosos hombres libres es el segundo volumen de esta famosa serie. Los libros de la trilogía, concebida como un todo, admiten también una lectura independiente. Para los lectores que no hayan leído el primer volumen de la trilogía: *El Hombre sin Rostro*, la presente novela va precedida de una sinopsis especialmente escrita por el propio Jack Vance. La serie finaliza con *Los Asutra* de próxima publicación en nuestra colección.

El Planeta Durdane está iluminado por tres soles y en él existe un gran continente habitado por bárbaros, y otro más pequeño en el que se encuentran Shant y Palasedra, separadas por el Gran Pantano de Sal.

La acción de esta segunda novela ocurre en Shant donde el protagonista Etwane se ha convertido en el nuevo Hombre sin Rostro (el Anomo), con la ayuda de un miembro del Instituto Histórico de la Tierra. El nuevo Anomo emprende la lucha contra los roguskhoi salvajes antropomórfi-

cos de casi dos metros y medio de altura que viven en las montañas de Hwan en el centro de Shant.

La escasez de materiales lleva, a Etwane a suprimir la fabricación de los collares que le garantizaban el dominio sobre sus súbditos para producir una nueva arma de energía que llegue a ser definitiva en la lucha contra los salvajes. Así nace un cuerpo de guerreros formado por hombres sin collar: Los Valerosos Hombres Libres, y también los Voladores que hostigan a los roguskhoi desde planeadores armados.

Junto a la lucha contra los salvajes, la traición y el posible enfrentamiento con los vecinos de Palasedra componen una saga de aventuras e intriga política que se lee de un tiron.

Miquel Barceló

Sinopsis del libro I

EL planeta Durdane se encuentra al fondo del grupo de los Schiafarilla, y al cabo de nueve mil años, los recuerdos terrestres han desaparecido de la memoria de sus habitantes, para quienes la Tierra sólo es un mito.

El planeta Durdane, iluminado por tres soles de color azul pálido, rosado y blanco perla, refleja una luz de la tonalidad del espliego. El único gran continente es Caraz, una enorme masa habitada por bárbaros. Existe un segundo continente, más pequeño, situado al este, que incluye a Shant y a Palasedra, separadas por el Gran Pantano de Sal. La región más poblada de Durdane es Shant, aglomeración de sesenta y dos cantones, que tienen muy pocas cosas en común, a excepción del lenguaje, la música, la simbología del color y la sumisión a las reglas del Anomo (conocido a veces como el Hombre sin Rostro). La identidad del Anomo es un misterio, incluso para sus auxiliares, sus «benevolentes»; este sistema se revela de una gran eficacia. La autoridad del Anomo deriva de su capacidad para hacer explotar, mediante una señal de radio, el collar codificado que lleva cada adulto de Shant. Este castigo, sin embargo, es raro. En la mayor parte de los casos, el Anomo se limita a poner en práctica la ley cantonal. A lo largo de los tranquilos siglos transcurridos, ha habido muy poca necesidad de proyectar una capacidad de decisión fuerte o personal.

En Bashon, en el cantón de Bastern, se encuentra la comunidad religiosa de los chilitas. Bajo la influencia de la droga galga, los hombres chilitas adoran a Galexis, el sublime principio femenino. Las mujeres ordinarias están excluidas del rito y son consideradas como impuras. Las mujeres jóvenes de la comunidad viven en pequeñas casas situadas a lo largo del Rhododendron Way, copulando con los viajeros que van de paso. Las mujeres viejas trabajan en las curtidurías. A Eathre le ha nacido un niño, Gastel Etwane, cuyo padre es Dystar, un músico ambulante que posee gran poder. Etwane, un niño serio y sensible, al conocer la identidad de su padre, se siente estimulado a aprender a tocar el khitan olvidado por otro músico ambulante, siendo ésta una actividad muy poco ortodoxa entre los chilitas. Cuando Osso, el barbudo «padre espiritual» de Etwane, descubre su secreto, castiga airadamente tanto a Etwane como a su madre Eathre. Etwane se las arregla para escapar, pero aún es demasiado joven para llevar collar. Eathre, que no tiene tanta suerte como su hijo, debe quedarse, y es enviada a trabajar a las curtidurías.

Etwane viaja hacia el oeste, pasando penalidades y aventuras. Al no poseer un collar, le falta identidad legal y no puede aspirar a disfrutar de la protección del Anomo. Es detenido por un capataz de trabajo, contratado como aprendiz para el sistema de globos y enviado a Angwin Junction, una estación de cruce situada en la parte alta del Hwan. Uno de sus compañeros de trabajo es Jerd Finnerack, un muchacho rubio de buena naturaleza, que tiene uno o dos años más que él.

Un globo se desliza entre los cables, guiado por cuerdas enganchadas a una plataforma de rodillo, que se mueve sobre un canalillo. Etwane suelta el globo y, agarrándose a las cuerdas, es elevado y puede salir de Angwin Junction, mientras Finnerack le observa desde abajo con la boca abierta. El globo se dirige hacia el norte, impulsado por el viento, y finalmente cae en el prado del cantón de Treste-

van. Etwane huye a un bosque donde, durante algún tiempo, lleva una vida libre y salvaje. Roba alguna ropa en una granja cercana, pero es descubierto. Los encolerizados campesinos envían tras sus huellas a los ahulphs, los indígenas semiinteligentes de Durdane. Desesperado, Etwane implora la ayuda de un caminante, un hombre alto, de cabello blanco y edad incierta. Este hombre, llamado Ifness, declara adustamente ser incapaz de ayudarlo. Cuando los ahulphs están a punto de cazarle, Etwane es finalmente rescatado por el músico Frolitz, quien le permite unirse a su compañía.

Más adelante, Frolitz lleva a su compañía a la antigua ciudad de cristal de Garwiy, en el cantón de Garwiy. Según se dice, el Anomo vive en uno de los palacios de los estetas, en Ushkadel, en la parte alta de la ciudad, y mantiene una agencia en la plaza de la Corporación, en la que se pueden entregar peticiones. Etwane dirige al Anomo una petición, que le cuesta cinco florines, y en la que protesta por el duro castigo impuesto a su madre. El Anomo le comunica que, de acuerdo con las leyes del cantón de Bastern, su recurso consiste en pagar la libertad de su madre, que cuesta mil quinientos florines.

Pasan los años. En las zonas centrales de Shant, los roguskhoi salvajes antropomórficos de casi dos metros y medio de altura, se han convertido de pronto en una amenaza. Nadie conoce su origen, aunque se sospecha de Palasedra, el enemigo tradicional de Shant. Los roguskhoi sienten un insaciable deseo de placer, y toman a mujeres humanas de toda edad y condición, obligándolas a participar en frenéticos actos de copulación. El resultado de estos actos es algo antinatural. Al cabo de cuatro meses, las mujeres dan a luz a una docena de diablillos roguskhoi y a partir de entonces sólo pueden engendrar más camadas de Roguskhoi. Inexplicablemente, el Anomo no hace nada contra los roguskhoi a pesar de que todo el mundo desea que se tome alguna medida.

En la ciudad de Brassei, Frolitz entrega a Etwane (que ahora ya es un excelente músico) una bonificación que completa sus ahorros, hasta el punto de poder liberar a su madre. En una taberna, Etwane se encuentra con Ifness, quien por casualidad, viaja también hacia el este; los dos navegan en esa dirección en el mismo globo. Cuando llegan a Carbado, en el cantón de Bastern, se encuentra con noticias horribles: los roguskhoi bajados desde el Hwan, han saqueado el cantón.

Etwane e Ifness se apresuran a acudir a Bashon, donde sólo encuentran devastación. Los chilitas se han protegido amparándose en su templo, similar a una fortaleza; pero las mujeres han sido llevadas hacia las zonas de los salvajes.

A pesar de su actitud reservada, Ifness se siente interesado por los Roguskhoi. Ayuda a Etwane a envenenar dos barriles de vino, que cargan en un carro, iniciando la persecución. Una vez llegados al prado de Mirk, unos veinticinco kilómetros al sur de Bashon, descubren a los Roguskhoi. Se está haciendo de noche y están acampando.

Etwane e Ifness se dejan ver para que les persigan y después huyen abandonando el carro con el vino envenenado. Los roguskhoi beben el vino y, al descubrir que han sido envenenados, montan en cólera y asesinan a las mujeres capturadas, incluyendo a Eathre, la madre de Etwane.

Etwane e Ifness regresan a Garwiy, donde aquél dirige una petición al Anomo, pidiendo que se tomen medidas enérgicas contra los Roguskhoi. La respuesta del Anomo es suave y casual; parece considerar a los roguskhoi como una simple molestia o poco más. Etwane queda asombrado; ¿cómo puede el Anomo sostener un punto de vista tan evidentemente equivocado? Etwane expresa su disentimiento en términos tan amargos y vehementes, que despierta el antagonismo del Anomo. Sin quererlo, Etwane complica a Ifness en la situación. Ifness apenas si puede hablar de tanta exasperación como siente; ahora, ha quedado comprometido su anonimato. Revela a Etwane que es miembro

del Instituto Histórico de la Tierra, una organización que recoge información perteneciente a la historia de la humanidad, buscando en todas las partes del cosmos humano. Los miembros del Instituto no pueden alterar o influir a propósito en los acontecimientos de los mundos que estudian. Sin embargo, Ifness ya ha violado esta prohibición, por motivos que siguen siendo un misterio para Etwane; Ifness parece una persona en la que se puede confiar.

Ifness sigue violando las reglas del Instituto. Con ayuda de Etwane, emprende la tarea de descubrir la identidad del Anomo, pero sólo consigue descubrir nuevos misterios. Garstang, uno de los «benevolentes» del Anomo, se suicida sin ninguna razón aparente. Entre los dos, secuestran a otro benevolente, la hermosa Jurjin de Xhiallinen. La droga de la verdad utilizada por Ifness no provoca una corriente de información, sino un estado de coma casi inmediato. Ifness está estupefacto. ¿Por qué Garstang y Jurjin mantienen una conducta tan extraordinaria? Pero aún más desconcertante es la cuestión básica: ¿por qué el Anomo se niega a luchar contra los roguskhoi?

Etwane e Ifness logran descubrir la identidad del Anomo: se trata de Sajarano, un esteta de la Casa de Sershan. Antes de que puedan aprovechar su conocimiento sucede algo que conmociona y desilusiona a Etwane. La poco ortodoxa conducta de Ifness ha atraído la atención de sus superiores, que le obligan a abandonar Durdane. Etwane se queda solo y enfrentado a toda una serie de responsabilidades desmoralizadoras.

Etwane se encuentra, sin lugar a dudas, en plena desventaja. Conoce la identidad del Anomo. Ifness le ha enseñado una técnica para eliminar y desarmar los collares que subyugan al pueblo de Shant, colocándolo bajo el poder del Anomo. Por otra parte, está proscrito y es perseguido; su enemigo controla todo el poder de Shant y, mientras tanto, los roguskhoi atacan cada vez con mayor ferocidad.

En un pequeño café, Etwane se encuentra por casualidad con Sajarano de Sershan, que, aparentemente, es un ciudadano ordinario de Garwiy. Etwane utiliza una de las drogas coercitivas de Ifness y obliga a Sajarano a ir a la casa de campo de Ifness, donde Jurjin de Xhiallinen aún está en estado de coma. Activa el collar de Sajarano y, en consecuencia, Etwane adquiere el poder de destruirle.

Ahora, Etwane puede controlar a Sajarano, pero los problemas y los misterios siguen existiendo.

¿Por qué los roguskhoi atacan Shant? ¿De dónde proceden? ¿Son una raza natural o artificial? Si se trata de esto último, ¿quién les ha enviado contra Shant? Y si ha sido así, ¿con qué propósito? ¿Qué influencia obliga a Sajarano y a sus benevolentes a mantener una conducta tan derrotista? Etwane no puede solucionar ninguna de estas cuestiones; ni Sajarano, ni Jurjin pueden o quieren proporcionarle ninguna información. Ahora, tiene un enorme poder sobre ellos, por lo que les permite que sigan su camino. El propio Etwane regresa a la posada de Fontenay para decidir cómo utilizar su enorme y nuevo poder.

Jack Vance

1

EN una habitación elevada, bajo la buhardilla de la posada de Fontenay, Etwane se agitó en su cama. Se levantó, se dirigió hacia la ventana y se puso a contemplar las estrellas, cuyo brillo había palidecido a la luz violácea del amanecer. Las lejanas pendientes de Ushkadel sólo mostraban el destello verde de alguna farola. Los palacios de los estetas estaban a oscuras.

En uno de aquellos palacios, pensó Etwane, el Hombre sin Rostro no habría podido dormir mejor que él mismo.

Se apartó de la ventana y se dirigió hacia el lavabo. Un espejo de humo de carbón le devolvió su imagen; un rostro alterado, tanto por la penumbra del amanecer como por la mala calidad del espejo. Se acercó más. Aquella persona irreal y algo amenazadora podía ser él mismo: el rostro marcado por una expresión sardónica, la boca inclinada, las mejillas hundidas; la piel cetrina, con un brillo plomizo; los ojos, como dos agujeros negros, puntuados por un par de brillantes reflejos. Pensó: «Aquí está Gastel Etwane, que primero fue un chilita puro, que luego perteneció a una compañía de músicos y que ahora es un hombre de enorme poder». Habló con la imagen.

—Hoy es un día de acontecimientos importantes; Gastel Etwane tiene que permitir ser asesinado.

Pero la imagen del espejo no le proporcionó ninguna confianza en sí mismo.

Se vistió y bajó a la calle. En un puesto que había junto al río comió pescado frito con pan y consideró sus proyectos para el día que empezaba.

En el fondo, su tarea era muy simple. Tenía que ir al palacio de Sershan y, una vez allí, obligar a Sajarano, el Anomo de Shant, a cumplir su orden. Si Sajarano se negaba, todo lo que necesitaba hacer era apretar un botón para hacer explotar su cabeza, pues Sajarano llevaba ahora un collar, y él no. Se trataba de una tarea que requería fortaleza y una brutal simplicidad... a menos que Sajarano adivinara que él estaba solo, que no contaba con ningún aliado o confederado, en cuyo caso su situación podría ser muy precaria.

Una vez finalizado el desayuno, ya no hubo nada que le pudiera disuadir; emprendió el camino por la avenida Galias. Sajarano, reflexionó, trataría desesperadamente de escapar de su intolerable situación. Etwane se preguntó a sí mismo: si él estuviera en el lugar de Sajarano, ¿cuál sería su propia respuesta? ¿Escapar? Etwane se detuvo. Aquella era una contingencia que no había considerado. Sacó de la bolsa el emisor de impulsos, que antes fuera la herramienta básica con la que Sajarano obligaba a cumplir la ley. Etwane descodificó los colores del collar de Sajarano. Ahora, y si lo creía necesario, podría apretar el botón amarillo, lo que haría detonar el collar, destrozando la cabeza de Sajarano. Pero Etwane se limitó a apretar el botón rojo de «búsqueda». La caja zumbó y el sonido fluctuó al cambiar de dirección. Cuando el sonido estuvo al máximo, la caja señaló hacia el palacio de Sershan. Etwane siguió su camino, más pensativo que nunca. Sajarano no había huido. Quizás hubiese desarrollado una estrategia mucho más activa.

La avenida Galias terminaba en la plaza Marmione, donde una fuente de agua blanca como la leche hacía que los chorros jugaran sobre artefactos de cristal purpúreo. Frente a ella, las Escaleras Koronakhe, construidas por el rey Cas-

par Pandamon, se elevaban hasta las terrazas de Ushkadel. Una vez llegado al Camino Central, Etwane dejó las escaleras y se dirigió hacia el este, rodeando el Ushkadel. El palacio prismático de Xhiallinen se elevaba sobre él; allí vivía Jurjin, la benevolente del Hombre sin Rostro. Entre otros muchos misterios, se encontraba éste: ¿por qué Sajarano había seleccionado a una mujer tan visiblemente hermosa para este cargo...? En este caso, el misterio podría ser más aparente que real. Éstas eran, al menos, las especulaciones de Etwane. El Anomo, como cualquier otro hombre, podía sufrir las punzadas del amor. Quizá Jurjin de Xhiallinen reaccionó con frialdad a las atenciones de Sajarano, que no era ni elegante, ni gallardo, ni distinguido. Quizás ella quedó asombrada cuando el Hombre sin Rostro ordenó que entrara a su servicio y que no tuviera amantes. A continuación, el Hombre sin Rostro podría haberle ordenado que considerara a Sajarano con amabilidad. Éstas eran las conjeturas de Etwane. Llegó al palacio de Sershan, que no era ni más ni menos espléndido que los otros; allí se detuvo para repasar todas las circunstancias. La siguiente media hora sería decisiva para el futuro de Shant; cada minuto pesaba mucho más que todos los días de la vida normal de un hombre. Observó arriba y abajo la fachada del palacio de Sershan. Columnas de cristal, más lúcidas y transparentes que el mismo aire, y que fragmentaban los rayos de los tres soles; las cúpulas violeta y verde, sobre cámaras protegidas, donde sesenta generaciones de Sershan habían vivido, celebrado sus festivales y dejado de existir.

Etwane continuó adelante. Cruzó el vestíbulo, aproximándose al pórtico, para detenerse allí. Su camino se vio cortado por seis puertas de grueso cristal, de unos cinco metros de altura cada una. Detrás de ellas no se observaba ninguna luz o movimiento. Etwane vaciló, sin saber qué hacer. Empezó a considerarse como un tonto, y después se sintió cada vez más irritado. Pasó la mano por el cristal y lo golpeó; pero sus nudillos desnudos produjeron muy poco

ruido; golpeó con los puños. Entonces, observó un movimiento en el interior; un momento después, apareció un hombre por la puerta lateral del palacio. Era el propio Sajarano.

—Éstas son las puertas de ceremonial —dijo Sajarano con un suave tono de voz—. Raramente las abrimos; ¿quieres venir por este otro camino?

En un sombrío silencio, Etwane siguió a Sajarano por una entrada lateral. Sajarano le empujó suavemente para que entrara. Etwane se detuvo y observó el rostro de Sajarano, que le devolvió una débil sonrisa, como si la cautela que podía observar le resultara divertida. Manteniendo la mano sobre el botón amarillo, Etwane entró en el palacio.

—Te he estado esperando —dijo Sajarano—. ¿Has desayunado ya? Quizá quieras tomar una taza de té. ¿Te parece bien que subamos a la sala matinal?

Indicó el camino hacia una sala soleada con un suelo de baldosas de jade verde y blancas. La pared de la izquierda estaba cubierta por un emparrado de color verde oscuro; la de la derecha era de un claro alabastro blanco. Sajarano condujo a Etwane hacia un sillón de mimbre situado junto a una mesa, también de mimbre; se sirvió unos bocados de comida y después sirvió el té en un par de tazas de madera plateada.

Etwane tomó asiento con precaución. Sajarano se echó sobre el sofá, frente a él, con la espalda hacia las ventanas del elevado techo. Etwane estudió su rostro sombríamente y, una vez más, Sajarano le devolvió una débil sonrisa. No era un hombre físicamente imponente; sus rasgos eran menudos; bajo una frente alta y ancha, su nariz y su boca casi parecían las de un niño, y su mentón no era muy pronunciado. El Anomo que se imaginaba la gente vulgar difería mucho de este hombre de aspecto apacible.

Sajarano bebió su té a pequeños sorbos. Etwane pensó que sería mejor tomar la iniciativa. Habló con un tono de voz cuidadosamente monótono.

—Como ya te he dicho anteriormente, represento a ese sector de público que se siente hondamente preocupado en relación con las actividades de los Roguskhoi. Creemos que si no se toman acciones decisivas, dentro de cinco años ya no quedará nada de Shant... sólo una gran horda de Roguskhoi. Como Anomo, tu obligación consiste en destruir a esas criaturas; ésa es la confianza que la población de Shant ha depositado en ti.

Sajarano asintió con un gesto de cabeza, aunque sin ningún énfasis, y siguió sorbiendo su té. Etwane dejó intacta su taza.

—Como ya sabes, estas consideraciones —siguió diciendo Etwane— nos han obligado, a mí y a mis amigos, a llegar muy lejos.

Sajarano volvió a asentir con la cabeza, como para alentarle amablemente, y preguntó:

—¿Quiénes son esos amigos?

—Ciertas personas que se han sentido muy impresionadas por los actos cometidos por los Roguskhoi.

—Comprendo. Y en cuanto a tu posición, ¿eres su líder?

—¿Yo? —Etwane lanzó una risa de incredulidad—. De ningún modo.

—¿Puedo suponer que conozco personalmente a los demás miembros de tu grupo? —preguntó Sajarano, frunciendo el ceño.

—Ésa es una cuestión que, en el fondo, no tiene ninguna importancia —contestó Etwane.

—Quizá no, excepto por el hecho de que siempre me gusta saber con quién estoy tratando.

—Sólo necesitas tratar conmigo; sólo necesitas reunir un ejército y arrojar a los roguskhoi a Palasedra.

—Lo planteas de un modo muy simple —observó Sajarano—. Una pregunta más: Jurjin de Xhiallinen habló de un tal Ifness, quien demostró una notable capacidad. Confieso que siento curiosidad con respecto a ese Ifness.